

Abdalá Bucaram: cómo gobernar para los pobres

ABDALÁ BUCARAM, EL RECIÉN estrenado presidente de los ecuatorianos, ha dicho algo hermoso en su discurso de toma de

CIENCIA POLITICA

posesión. Ha dicho que será el presidente de los pobres. Ha dejado claro que gobernará en beneficio de esas grandes mayorías desposeídas de oficio y beneficio que pululan tanto en la costa como en la selva o la serranía de su bellissimo país.

Bien por el propósito. La miseria andina, triste como la quena, vieja como los tiempos, es un espectáculo estremecedor. Esos niños harapientos, esas mujeres de carga, aplastadas por el peso de unos bultos sin misericordia, pero asombrosamente risueñas, esos hombres ausentes de sí mismos, instalados en un mundo sin ayer ni mañana, merecen que los liberen del horror. Tal vez siete de cada

diez ecuatorianos son pobres. Y de esos siete, acaso cuatro padecen lo que los sociólogos y los economistas llaman "pobreza abyecta". Esa que lleva a hurgar con ilusiones la basura, a pedir limosna, y a sufrir enfermedades carenciales, porque la alimentación no alcanza para mantener los dientes en la encía, las piernas derechas, los ojos alertas o la piel sin manchas. El hambre para ellos es mucho más que una ingrata sensación en la boca del estómago. Es la derrota total de la persona. Es la parálisis progresiva de la máquina de vivir y el constante sonido de la muerte aleteando en sus oídos.

Repartición del trigo

HECHA LA PRÉDICA, AHORA HAY QUE VER CÓMO SE REPARTE el trigo. Lo que quiero decir es que, tras formalizar su honroso compromiso, el flamante presidente de los ecuatorianos está obligado a precisar cómo va a llevar a cabo la tarea que se ha impuesto. Y el asunto no es tan sencillo como hasta ayer se creía. Me explico: hasta fechas recientes, cuando imperaba el pensamiento antiguo en América Latina, se suponía que el camino de la prosperidad transitaba por lo que entonces se conocía como "formulas revolucionarias". Es decir, se les confiscaban las propiedades a los terratenientes, se hacía una "reforma agraria" —se repartían

tierras a los campesinos—, se estatizaban algunas (o muchas) propiedades, especialmente en el sector de las minerías, las comunicaciones, la banca, los seguros y el transporte, y —de paso— se multiplicaban las funciones y el peso del Estado. Todo esto, naturalmente, se llevaba a cabo en una atmósfera de febricitante nacionalismo, en el que no faltaba las asignaciones de "precios justos" a las mercancías básicas, el control cambiario para que el dinero no huyera a Suiza o a Miami, y un discurso sin remaches contra la avariciosa naturaleza de la economía de mercado, la propiedad privada y el modo capitalista de producir bienes y

III TRIMESTRE 1996

servicios, flagelo que sólo se justificaba —y con grandes reparos

morales— si existía “en función social”.

Antiguo recetario

El problema consiste en que ya sabemos con total precisión a dónde condujo ese recetario: a más pobreza, a más atraso relativo, a altas cotas de inflación y a una áspera ruptura del tejido social que acabó por fragmentarse en bandos adversarios. En 1910 los mexicanos tenían el 18 por ciento del *per cápita* norteamericano. Ahora tienen el 12. En 1930 los argentinos tenían el 75 por ciento del *per cápita* norteamericano. Ahora tienen el 25. En 1958 los cubanos tenían el 25 por ciento del *per cápita* norteamericano. Ahora tienen el 4. Y algo parecido puede decirse de lo sucedido en la Bolivia de la revolución, el Perú de Velasco Alvarado, la Nicaragua de los sandinistas o el Chile de Allende: cada vez que se ha intentado frenar la pobreza y dar un salto sin malla hacia el desarrollo apoyados en presupuestos “revolucionarios”, los resultados han sido catastróficos y contraproducentes.

Insistir en ese “modelo”, pues, tras una docena de fracasos espectaculares, más que un crimen, sería una perfecta idiotez, otra perfecta idiotez latinoamericana. No es por ahí por donde van los tiros. Ya no es así como se intenta la aventura de la prosperidad. Es de otra forma, mucho más racional e inteligente. ¿Cómo?

Esencialmente, y para decirlo en una frase rápida: invirtiendo en capital humano capaz de producir, y creando las condiciones jurídicas y económicas para que las personas puedan desenvolverse eficazmente. La revolución hoy se hace a favor del mercado, no en su contra. No se trata —a estas alturas del milenio— de despojar a unas personas de sus bienes para darlos a otras, o para dejarlos en manos del Estado, sino de propiciar la creación de nuevos bienes, de nuevas empresas, porque ése es el único sitio donde se genera riqueza: en todos los demás se consume. Se trata de fomentar el ahorro y la inversión. Se trata de multiplicar las microempresas de carácter familiar. Se trata de educar a los jóvenes, especialmente a las mujeres, para que puedan incorporarse al mercado de trabajo. Se trata de otorgar títulos de propiedad claros y suficientes a los pobres para que puedan convertirse en sujetos de crédito. Se trata de agilizar una justicia equitativa. De garantizar el orden y fortalecer las instituciones para que pueda ser posible la maduración del ciclo económico. De poner el acento en la instrucción pedagógica y la formación moral de los niños menores de quince, pues es en esa etapa en la que se forjan el carácter,

las costumbres y la escala de valores de quienes luego tendrán que convertirse en responsables productores de riquezas. Se trata, en suma, de consolidar un Estado

de Derecho concebido para el ejercicio de las libertades políticas y económicas en un modelo que tiene como protagonista a la sociedad civil.

Dos experiencias recientes

AFORTUNADAMENTE EL SEÑOR BUCARAM juega con ventaja. Tiene ante sí dos experiencias recientes: la de las empobrecedoras revoluciones tradicionales de América Latina, con su saldo de violencia y fracasos injustificables —casi un siglo de arbitrariedades y sobresaltos—, y la de algunos pueblos que han hecho las cosas de otro modo mucho más sensato y sosegado en las últimas décadas. Como debe ser un hombre inteligente, probablemente analice con cuidado los casos de los

dragones del Pacífico, Japón incluido, de Nueva Zelanda o —incluso— el de un Chile próximo, perfectamente emulable, que comienza a convertirse en paradigma para todo el continente. Y si entiende la lección con claridad no tendrá espacio para la duda: es así como hoy se gobierna para los pobres. El viejo pensamiento era contra los pobres. Ya lo sabemos con la más melancólica exactitud.☺

Carlos Alberto Montaner